

Mauricio no pudo ménos de reirse viendo la cara tan cómica que ponía su amigo al recordar este incidente.

—Desde aquel punto—continuó Ramon—mi amor se apagó como una hornilla en la que hubieran echado un barril de agua y poco á poco olvidé á mi Sóstenes Carolina, que á pesar del mal gusto de sus padrinos me gustaba muchísimo y era chica de talento.

—No la querrias mucho.

—¡Toma! y bien; ¿pero qué amor por grande que sea puede resistir á un nombre tan soez? Si Eloisa se hubiera llamado Sóstenes el buen Abelardo habria conservado todas sus facultades, no lo dudes.

—Pero ¡tonto de mí!—prosiguió el locuaz mancebo—te estoy entreteniendo con trozos de historia antigua y no acabo de decirte como se llama tu amor; y ese nombre sí que es verdadero, que yo no soy un charlatan como Miguel, se llama Luisa.

—¡Luisa!—murmuró Mauricio llevando la mano al corazon

—¡Luisa! ¡qué bonito! tan bonito como ella.

—Ya lo creo.

—¡Luisa! gracias, Ramon, eres un buen amigo.

## XXXV.

## La primera carta.

—¿Por qué no le escribes, Mauricio?—preguntaba Ramon á nuestro héroe hablándole de Luisa.

—Si no me atrevo á mirarla!.....

—Tonto! ¿Como te ha de querer entónces?

—Mira, Ramon, creo que eres mi amigo.

—Quien lo duda?

—Voy á confiarte una cosa, pero solo á tí; lo entiendes?

—Procuraré olvidarla en el momento.

—Ya sabes que soy huérfano de padre y madre.

—Ya lo sé.

—Que soy pobre.

—Lo sé tambien.

—Que el hombre generoso á quien vine recomendado me da cuanto necesito, y aun mas de lo que él cree necesario.

—Sí, hombre, sí; ¿adonde quieres ir á parar con ese preámbulo?

—Yo nada tengo mio.  
 —Por vida de.....! acaba.  
 —¿Crees tú que Luisa me amará viéndome en esta facha?—  
 dijo por fin Mauricio, poniéndose extraordinariamente encarnado.

Ramon soltó una tremenda carcajada.  
 —¡Pobre niño!—contestó—estás creyendo que las mujeres se fijan en las exterioridades? Mira, son capaces de comerse una á otra por si el peinado está mas bajo ó mas alto, ó el corte del túnico es de moda ó del tiempo de Señora Santa-Ana, como ellas dicen; pero en cuanto al traje de los hombres, hacen ménos caso de él que del que lleva el gran turco.

—¿Deveras?—replicó alborozado Mauricio, que se iba acostumbrando á creer á pié] juntillas en cuanto Ramon le decia

—Y tan deveras! A mí me ha pasado una cosa.....

—¿A tí?

—Sí, señor, á mí, y todavía me arde, por cierto; te la voy á contar para que te despreocupes y te convenzas de que para las mujeres el hábito no hace al monje; se entiende tratándose de monjes y no de monjas, porque en cuanto á estas la cosa es muy distinta. Has de saber que cuando, como tú, empezaba yo á vivir, me petó una parvulilla de frente tersa, cabellos dorados, ojos color de cielo, hoyitos á los dos lados de la boca y en la barba, peinado de estribos, vestido morado de indiana hasta las rodillas, calzones hasta el empeine, tremendas babuchas de terciopelo, ó de pana si tú quieres, carmesí, y chal escocés que acusaba por origen algun túnico de corte del tiempo de los vireyes.

Yo era un chico muy guapo; no lo digo por alabarme, sino para la inteligencia de mi historia; me vestia Lamana, me rizaba Montauriol, y mi papá me compraba guantes en casa de Moncalian todos los domingos. Cabrisas me hacia botas de charol, porque aun no estaban en moda los botines, y andaba yo

hecho un dije, ostentando en mi cabeza un sombrero de Ancessy.

Como no era yo tan mal parecido, creia que las muchachas se morian por mí, y luego que me flechó la rubita emprendí su conquista. Pero ¡chico! cartitas van y cartitas vienen; mis propinas de los domingos desaparecen convertidas en ramos, en palomas, y hasta en conejos; que la fineza de mi amor llegaba hasta obsequiar con animales demésticos á mi amada, y la fortaleza, firme, no se rendia; ni la elocuencia de Demóstenes y de Ciceron desleida en mis cartas, ni mi arrogante figura, ni mi elegancia en el vestir, ni mis finísimos obsequios ablandaban el corazon de roca de mi adorado tormento, y yo me admiraba de no lograr correspondencia, cuando hé aquí que una primita vivaracha de la niña, que á lo que yo infiero tenia pretensiones sobre mi persona, viene á sentarse un dia junto á mí, porque debo advertirte que yo era de mucha confianza en la casa y casi todo el dia estaba en ella, y me dice:

—¿Le gustan á usted las calabazas, Ramon?

—Segun y conforme, Juanita.

—No hablo de las del campo, sino de las otras.

—¡Dios me librel

—¡Pobre Ramon! ¿Y si se las hacen tomar?

—¿Se burla usted?

—No, por cierto.

—Pues ¿qué pasa?

—Que Luz no le quiere á usted.

—Eso no es nuevo.

—Pero quiere á otro.

—A otro?—dije dando un salto y encendido de cólera.

—A otro que vale ménos que usted.

—Mil gracias, Juanita, usted me favorece demasiado.

—Yo se lo he dicho, pero las muchachas son tan tontas!

Juana tenia entónces sus doce años; ya ves si podia hablar de las muchachas en ese tono.

—Y se puede saber quien es el feliz?—continuó con tono lamentable.

—No es un secreto, pero temo disgustar á usted.

—No tenga usted cuidado.

—Las mujeres escogemos siempre lo peor.

—Juanita, ¡por Dios!

—Es..... francamente no me atrevo á decírselo á usted.

—¿Quiere usted divertirse conmigo?

—No, pero me mortifica.

—Se lo ruego á usted.

—¿No se ha de incomodar conmigo?

—No por cierto; ¿usted qué culpa tiene?

—Es que el chisme agrada y el chismoso enfada.

—Pero no la chismosa.

—Gracias.

—Vamos, Juanita, no sea usted cruel.

—Pues es..... ¡Pípis!

—¡Pípis!—dije yo asombrado.

Juana se escabulló y yo me quedé estático, sin saber lo que me pasaba.

—Y quién era Pípis?—preguntó Mauricio.

—Pípis—continuó Ramon—era un muchacho de cara abotagada y sucia, de cuello grasiento, sombrero opaco y machucado, camisa negra y asquerosa, que olia á zahurda de á leguas y que habia merecido el nombre que Juana habia pronunciado por los animalitos de esa clase que se criaban en su cuerpo y solian salir á luz por entre el cuello de su camisa.

—Fó!

—Fó, dices, y fó dirá cualquiera gente medianamente limpia; pero la Lucesita me despreció á mí por semejante marraño. Conque ya ves tú.....

—¿Qué?

—Que si Pípis no solamente encontró quien le quisiera, sino que suplantó á un guapo mozo, tú, que andas aseado y que solo tienes el defecto de usar chaqueta, no debes desanimarte. Sobre todo, creará la niña que eres aficionado á andar á caballo y esto te dará aires de rico.

—No te burles, querido amigo.

—Hablo sériamente. Conque así, decídete, escríbele.

—Pero ¿qué le digo?

—¡Toma! que la quieres.

—¿Pero cómo?

—Mira, precisamente tengo en la bolsa un borrador de primera. Oye:

“Señorita:

Desde que tuve la dicha de ver á usted por primera vez, mi corazon se sintió presa de la mas vehemente pasion. Verla y amarla fué todo uno. ¡Que mucho si usted es un conjunto de gracias seductoras, de hermosura y de virtudes! Mi vida está pendiente de los labios de usted, ábralos usted diciendo que me ama y le será á usted deudor de dicha incomparable

*Un desgraciado.”*

—¿Qué te parece?

—Muy bueno.

—Pues pónla en limpio y se la mandamos.

—¿Con quién?

—Con el aguador ó con una criada.

Mauricio, á quien las historias y los consejos de Ramon habian decidido poco á poco á tentar fortuna con la niña, objeto de sus primeros y castos amores, y que, como sus compañeros, tenia en alto concepto á Ramon para semejantes asuntos, hizo cuanto este le aconsejaba, y escribió con mano trémula las palabras que le dictaba su amigo.

Su corazon latia con violencia. Le parecia que su letra era

MAURICIO.—13.

horrible é indigna de que se fijaran en ella los dulces ojos de su amada. Temia que el objeto de su amor llevase á mal su atrevimiento, y varias veces suspendió la escritura de su carta diciéndole á Ramon que era imposible para él escribirla y hacerla llegar á su destino.

Ramon le animaba, y sin mucho trabajo le convencía de que no tenia otro remedio, si quería que Luisa supiese que la amaba y le correspondiera, que escribirle, pues á buen seguro que ella adivinara, y mucho ménos que tomase la iniciativa.

Por fin, la carta fué escrita y se decidió que Ramon acompañara á Mauricio á buscar conducto por donde mandarla.

## XXXVI.

## La Estafeta.

A la mañana siguiente los dos amigos, que habian madrugado mucho, se hallaban estacionados en un zaguan frente á la casa de Luisa.

Mauricio temblaba como si fuera á cometer un crimen, y mas de una vez habia suplicado á Ramon que dejaran la empresa para otro dia.

Este se encojia de hombros y sonreia con aire de lástima.

Se hallaba en su elemento, y lo único que sentia era no ser mas que el acompañante y director del héroe principal.

—Vámonos, Ramon—le decia Mauricio por la centésima vez—el zaguan permanece cerrado, y ántes de que alguna criada salga nos van á ver.

—Calla, hombre, no seas niño; ¿qué importa que nos vean? sobre todo, es todavia muy temprano y nadie ha salido aun de